



Entre comicio y comicio renace el súbdito, el parásito,
el hombrecillo postrado ante Juan Vicente Gómez,
el menor deslumbrado ante las glorias del medinismo,
el incauto encandilado por el cemento de Pérez Jiménez,
el observador de la "Gran Venezuela", el "patriota"
que sigue de manera automática al Presidente Chávez.

Venezuela

una comprensible República sin ciudadanos

En su primer gobierno, el presidente Carlos Andrés Pérez impone a su pueblo y a su partido una gama impresionante de cambios sin requerir su participación, manteniéndolos, más bien, casi en la ignorancia de lo que está ocurriendo. Entonces AD aprueba una ley que otorga poderes extraordinarios al primer mandatario para tomar medidas a través de decretos, pero en breve queda marginada del conciliábulo de las decisiones. La circunstancial bonanza hace posible que se considere normal la conducta del Ejecutivo, pero en realidad la sociedad sólo contempla desde la pasividad el desfile de los cambios que debieran concernirle.

Seguramente el lector recordará la variedad de la metamorfosis que se pretende imponer desde la cúpula. En primer lugar, CAP busca la apertura hacia América Latina con una intensidad infinitamente mayor de cuanto había acontecido desde los días de la Independencia. En segundo lugar, pretende modificar las relaciones sociales y de producción en el ámbito intestino. Desde la educación hasta los vínculos con el medio ambiente, todas las actividades son objeto de sus deseos de modernización. Los decretos y las leyes se ocupan del universo más variopinto que hubiera interesado a los mandatarios de antes; desde los aspectos más llanos de la vida cotidiana hasta la parcela de la salud pública. En tercer lugar, desarrolla

una nueva actitud ante los recursos petroleros, para que el gobierno se convierta en el pujante empresario que apenas había sido en el pasado. De guardián de riqueza y administrador de la renta como puntual padre de familia, CAP hace que su administración se muestre como poseedora de un gigantesco capital que orienta su poder hacia los mercados internacionales para sacar el provecho que jamás sacaría como simple rentista de las posibilidades del subsuelo.

Ahora no importa la consideración sobre el acierto de las disposiciones, sino llamar la atención sobre cómo los venezolanos apenas actúan como espectadores del fenómeno. CAP hace lo que le parece rodeado de consejeros inaccesibles, mientras la sociedad observa el espectáculo sin reacciones de entidad. La actividad ocurre en el seno de un elenco selecto, la suerte de los negocios públicos se dirige en los anhelos de un gabinete cerrado y sigiloso, para que las mayorías reciban sin chistar la lluvia benefactora de la "Gran Venezuela". Pero sólo estamos ante el ejemplo más abultado de una distancia de la colectividad frente a los asuntos republicanos, que forma parte de la vida desde el nacimiento de la nación y sobre la cual conviene reflexionar antes de levantar las banderas de la oposición para arremeter contra el "autoritarismo chavista" de la actualidad. Ciertamente existe el riesgo de que, acaso con

mayor vigor que antes, se entronice ahora una sola voluntad dominante y excluyente en la casa de gobierno para hacer lo que le parezca sin la debida consulta de los destinatarios del régimen, pero es evidente que no se trata de una situación insólita. En nuestra historia abundan casos como el comentado de CAP.

Jóvito Villalba dijo una vez que los venezolanos elegíamos emperadores quinquenales desde 1958. La afirmación permite diversas interpretaciones, de las cuales ahora conviene detenerse en aquella que nos aproxime al problema de la ausencia de ciudadanía, examinada desde una de sus perspectivas. Un caso como el comentado de CAP, contemplado desde las palabras de Villalba y sin entrar en la discusión sobre las numerosas perversiones de la democracia contemporánea, ¿acaso no remite al escandaloso suceso de unos ciudadanos venezolanos que no han existido? Me atrevería a afirmar que lo más grave de tales efectos perversos (arbitrariedad y corrupción por parte de funcionarios públicos, sin excluir, por desdicha a muchos Presidentes; privilegios que permiten hablar de democracia con fueros; permanencia indefinida en cargos públicos, partidas secretas, secreto militar, nepotismo, etc., etc.), responde a formas normales, idiosincrásicas diríamos, con que se reviste el ejercicio cotidiano de la ciudadanía en Venezuela.

Ciudadanía y comicios

¿Acaso no vivimos la ciudadanía sólo en los momentos electorales? El vivir de un comicio al otro comicio no es un ejercicio ciudadano, sino el pasar intermitente e indiferente frente a los negocios públicos. Entre comicio y comicio renace el súbdito, el parásito, el hombrecillo postrado ante Juan Vicente Gómez, el menor deslumbrado ante las glorias del medinismo, el incauto encandilado por el cemento de Pérez Jiménez, el observador de la "Gran Venezuela", el "patriota" que sigue de manera automática al Presidente Chávez. O el militante tírame algo, quien tal vez sea una evolución de las criaturas que vivieron el castrismo, el gomecismo y el postgomecismo, o las horas del trienio adeco, pero en ningún caso un fenómeno capaz de enorgullecernos como pueblo. Aunque, más que un problema de orgullo, estamos ante una falencia histórica en torno a cuya determinación hace falta una mirada que no se quede en el presente. Los polvos del siglo XX y de los comienzos del siglo XXI, encuentran origen en el barro de una República creada a medias por sus fundadores.

¿De dónde, si no, sale un petulante Guzmán Blanco que apostrofa a sus nacionales en los términos más groseros? ¿De dónde salen, si no, unos espadones y unos hombres de iglesia que pretenden en 1835 acabar con el primer designio de régimen civil? ¿De dónde, si no, la justificación de la insurgencia que hace Bolívar en la Carta de Jamaica partiendo de un argumento aristocrático? ¿De dónde, si no, la idea de una República tutelada en atención a la ineptitud del pueblo, que más tarde proclama el mismo Libertador en su Discurso de Angostura? Como hechura de los blancos criollos, la República de 1811 es un meticuloso trabajo de orfebrería cuyo objetivo es la permanencia del pasado. Los caballeros que se visten de próceres no quieren perder sus antiguas inmunidades, como debe esperar quien mire la historia como obra de los intereses humanos y jamás como faena de arcángeles. El régimen de las Provincias Unidas es un regocijo del mantuanaje que no significa la creación de una sociedad distinta de la anterior, en cuya cúspide se encon-

traban los blancos criollos, sino una composición ecléctica tras el objeto de impedir convulsiones perjudiciales para los dueños de la comarca.

La Guerra a Muerte derrumba el paraíso anhelado por los blancos criollos, porque hace que el pueblo se incorpore a un fenómeno para el cual no estaba convidado. Pero especialmente porque provoca el nacimiento de un protagonista inédito: el hombre de armas. Aparece aquí un segundo ingrediente de antirrepública. Ese sujeto sorpresivo y sorprendente no llega para imponer los derechos ciudadanos, sino para disfrutar una tajada del pastel que debe salir del horno bélico. Primero Colombia y luego Venezuela autónoma, deben pagar los sacrificios de esos guerreros debido a cuyas beligerancia y persistencia se establece el segundo gran valladar para el cumplimiento del principio elemental de la igualdad ante la ley, esto es, para el apuntalamiento del sillar de una nación poblada, animada y vigilada por ciudadanos. Pero hay más. Entre el interés de los aristócratas y la maña de los hombres de armas encuentran hospitalidad los eclesiásticos, quienes buscan la permanencia de un condominio en el cual mantengan un sitial privilegiado. Quieren prolongar su reino de este mundo que antes dirigían por orden de Dios y voluntad del rey católico. Quieren la continuidad de sus fueros, sus diezmos, sus obras pías, sus censos, de su control de la vida privada y su ascendencia en la vida pública.

La amalgama de estos tres elementos, repetida desde 1830 (fenómeno recurrente que se puede observar en el advenimiento de Monagas, convidado por el terror de los constructores de la autonomía; en la dictadura de Páez anciano; en la anarquía posterior a la Guerra Federal; en el encumbramiento de un sujeto tan engreído y descarado como Guzmán; en el pleito de mentirijillas que sostiene la Iglesia con el Ilustre Americano; en la administración ignara y rapaz de Crespo...), conduce al desierto ciudadano de nuestros días. Pero, ¿Y el trienio adeco? ¿Qué hacemos con ese período de eferescencia popular en el cual se inicia la democracia moderna?

El "partido del pueblo" creó y alimentó la masa militante hasta llenar con

ella el mapa político, organizó a la pardocracia que esperaba su oportunidad desde el siglo XIX e hizo creer que con semejante faena perfeccionaba el designio republicano. Ciertamente el advenimiento de Juan Bimba tradujo un protagonismo debido al cual cambia la observación y el manejo de los negocios públicos, hasta el punto de construir un abismo con el pasado, pero evitó el nacimiento de los ciudadanos. Se enseñoorea el hombre del mitin y la consigna, impera la multitud en la casa del partido y en las plazas de la burocracia a las cuales jamás había tenido acceso, sucede una verdadera fiesta de popularidad, pero... La metamorfosis que entonces realmente ocurre, oculta el hecho de cómo se deja de lado la creación de la criatura que anunciada desde 1811 y frente a cuya aparición conspiraron los intereses de los aristócratas, los clérigos y los hombres de armas. El ciudadano sigue sin aparecer, o apenas se aboceta.

¿Cuál es la razón de la evidente ausencia?

A falta de una mejor explicación, de momento conviene la siguiente sugerencia: con semejante parto, AD hubiera promovido su desaparición como voz exclusiva y excluyente de la nueva Venezuela. El ciudadano es el riesgo que no se corre frente al militante, es llevar la desobediencia a una casa que vive del cortejo de unos sujetos sumisos, es la posibilidad de una voz autónoma que reaccionará contra la arenga de la bandería. ¿No es el mismo parto que quiere evitar la V República, no sólo para ahorrar-se el desastre de subsistencia que debió preocupar a los adecos, sino para que se mantenga, sin solución de continuidad, el único lugar en el cual pueden sus líderes gobernar sin trabas? Les conviene, como a la mayoría de los gobernantes desde 1811, la prolongación de una República menaguada. No quieren el estorbo de millones de actores conscientes, de millones de individuos responsables de su destino y del bien común.

ELÍAS PINO ITURRIETA

HISTORIADOR. DIRECTOR INSTITUTO INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UCAB.